

estatuas góticas policromadas y de los cuadros del fabuloso *Gran Vasco*, y todo para llevarnos á ver... una manufactura de tejidos de algodón, menos importante que las de Barcelona.—Y yo le digo al artista que se subleva dentro de mi alma: "Los recuerdos y la belleza pura son patrimonio de pocos... Se necesitan *ahora* muchas fábricas, mucha actividad, mucho trabajo, mucha vida moderna... A saludar á esas máquinas; tienen razón.."

CASTILLA

I

FONDAS Y POSADAS

El que reside en Madrid; el que tiene ya formado su círculo, organizada su casa, acomodado su vivir, lo pasa bastante bien en la *ciudad de la muerte*, y olvida la insuficiencia de la higiene, la deficiencia de los servicios públicos, lo mezquino y atrasado de la capital en infinidad de aspectos y relaciones; pero sobre el forastero pesan como plomo esas deficiencias y ese atraso, y tiene que abrumarle el estado primitivo de las fondas y posadas.

Si algún día se verifica el advenimiento de la razón y del sentido común en esto de las fondas, la afición á los viajes aumentará un cincuenta por ciento, y como es natural, saldrán gananciosos los fondistas futuros. Entiendo yo por advenimiento de la razón una reforma y cambio total en el mobiliario, alimentación y servicio de las fondas, y aquí no censuro á España únicamente, sino á todos los países del mundo.

Prescindo de la necesidad urgentísima, apremiante, de que sólo se destinen á fondas casas construidas *ad hoc*, donde la traza de las habitaciones y la distribución de pasillos, escaleras y cámaras indispensables, resguarde, como es debido, la seguridad, el sueño y el pudor de viajeros y viajeras. Aparte de la construcción, se impone la reforma del mobiliario y de la comida.

Del mobiliario y decoración debe suprimirse radicalmente mucha parte en beneficio y acrecentamiento de la otra. Suprimáanse, sin vacilar, los espejos grandes con marco aparatoso, los floreros (de flores de trapo), los relojes de sobremesa (que no rigen), el papel pintado (nido de gérmenes y microbios), los cuadros, antiestéticos siempre, las camas doradas, las colgaduras de seda y otros excesos de falso lujo, que son una ridiculez.

Las fondas deben tener todas las paredes estucadas ó vestidas de hule *lavable*; contentarse con un espejo bien colocado y en el que las personas para aliñarse puedan verse; no usar más cortinas que de terliz ó percal, *muy lavadas y planchaditas*, ni más reloj que uno *puesto en hora y rigiendo bien* en cada habitación; ni más cuadros que un calendario americano, un mapa nacional, un plano de la ciudad y un estado de las horas de llegada y salida de los trenes.

¿Hay cosa más risible que contemplar, suspendidos á la cabecera de la cama, á Peral ó á Colón; admirar la chimenea adornada con ro-

sas de terciopelo y begonias de hule, y carecer de butaca donde sentarse ó de bañadera donde proceder á las más indispensables operaciones del aseo?

Cuando los fondistas comprendan sus intereses y procuren que el "salir de su casa" no se convierta en "cruz"; cuando den á cada viajero mucha agua, muchas perchas para colgar la ropa, un armario que no se abra solo, un recado de escribir sin óxidos y que se pueda utilizar, toallas á discreción, frescura y limpieza, se acreditarán los viajes y la gente los mirará con menos horror. ¡Ah! Y además, cortesía, moderación en las cuentas, criados inteligentes, comida sana y limpia: nada de superfluo; lo necesario.

Puede dudarse que en España existan *viajeros* propiamente dichos. Yo creo que no debe llamarse viajar al trasiégo de Madrid á San Sebastián y de San Sebastián á Madrid.

Aquí miramos el viaje desde dos puntos de vista solamente: el que podemos llamar *penal ó de fatalidad* (viajes indispensables y aborrecibles, verdadera amargura para las familias; traslación de empleados ó militares; telegramas que avisan que están enfermos de muerte el padre, ó el hijo, ó la esposa; pleito, cesantía, etcétera), y el punto de vista *fashionable ó elegante*: me voy porque se van las de X., las de Z. y las de R. P. L., y porque en Madrid no quedan ya más que los conductores del tranvía.

El tercer punto de vista, el del viaje *por el viaje*, tan admitido y difundido en otras nacio-

nes, verbigracia, en Inglaterra, nos es desconocido.

Viajar por vocación se considera aquí indicio de extravagancia; algo que se acerca á manía. Y es porque, en concepto del español, todo viaje representa una suma de contrariedades y de gastos muy superior á los goces que puede reportar.

Hablando en general, no van descaminados los que tal presuponen.

Para disfrutar viajando, se necesita poseer una fuerte educación, ó colectiva como la del pueblo inglés, ó individual: una cultura que comprenda nociones completas de historia, de arqueología, de crítica artística; otra cultura que dicte la urbanidad más exquisita, unida á la reserva más grave en el trato con las gentes á quienes forzosamente se encuentra y habla el viajero: la firmeza mayor para hacer valer su derecho, y la rectitud más desinteresada para respetar el ajeno; la precaución más cauta en los ajustes y la oportuna generosidad en las gratificaciones; el valor para arrostrar los peligros y la prudencia para sortearlos; y por último (no me cansaré de recordar esto á mis compatriotas) la *locuacidad* para averiguar lo que conviene saber y el *mutismo* ante todo lo que sea murmuración, impertinente curiosidad ó conato de investigar lo que á nadie importa.

El español tiene la graciosa costumbre de intimar con los compañeros de viaje, de abrirles el corazón, de hablar en las mesas de las fondas como si estuviese en su casa y disputar ra-

biosamente con gentes á quienes no conoce ni ha visto nunca, y cuya opinión, por lo tanto, debiera importarle tres cominos.

En cierta mesa redonda ocurrió años hace un curioso incidente.

Sentábase á ella una dama, á quien mientras estuvo presente colmaron de exageradas atenciones dos ó tres caballeros (uno de ellos ocupaba puesto oficial).

Despidióse la dama á los postres y se retiró á su habitación; los... caballeros (?) quedaron de sobremesa, y entre chupada y chupada de cigarro, pusieron á la antes obsequiada señora como digan dueñas... ó varones envidiosos.

Hallábase presente un inglés, que, aunque no trataba á la señora, como no la trataban tampoco sus despellejadores, era amigo de otra dama inglesa, compañera de excursión de la española. Al oír á los maldicientes, dió el britano señales de impaciencia, y acabó por advertirles que le parecía muy inconveniente aquella conversación. Como el más calumniador de todos (el del puesto oficial) replicase con desabrimiento, el inglés se levantó: de un revés de su ancha manaza arrojó al individuo contra la pared, y sin descomponerse ni apresurarse, salió del comedor á largas zancajadas...

¿Ustedes creerán que por eso se corrigieron ni aquel ni los demás indiscretos que en fondas hablan como en el gabinete de su propia casa, y aun peor si cabe?

¡Quíal! Manos había de tener el inglés que los abofetease á todos.

II

Á CAZA DEL PASADO

Para soledad, Castilla en Agosto. Vacías las fondas; pocas caras conocidas en la calle; la vida reconcentrada en el Norte y el Noroeste, y aquí los monumentos silenciosos, desiertos, libres de importunos, que rebajan la impresión artística al mezclarse con ella.

Nuestras propias pisadas eran el único ruido que despertaba los ecos de los vastos y vacíos salones del Alcázar de Segovia, que á pesar de su gallarda estructura y admirable situación sobre los dos ríos, no me habla ya á la fantasía; por fuera está demasiado flamante su restauración, y por dentro el incendio devoró las maravillas de talla y adorno de los techos, la teoría de efígies reales de los frisos, las *piñas* de oro y los millares de florones que abrían su cáliz áureo en el artesonado sombrío. Al restaurar el Alcázar se han atenido—y reconozco que no podía hacerse otra cosa—al texto de la última restauración, la de Felipe II; y han renacido las monteras puntiagudas, el torreón *en paquet de*

chandelle y las ventanas sin grandeza de un edificio más flamenco ya que español. Los recuerdos del Alcázar huyen ante la cal fresca y la pizarra reluciente de puro nuevecita. Por más que miro no veo en la bóveda la señal del rayo con que castigó el cielo la famosa frase de Alfonso el Sabidor, alabándose de que “si el Creador le consultase, de otra suerte fabricara el Universo”.

Deseándole al Alcázar cinco siglos más para que recobre la hermosura—porque á los alcázares les pasa lo contrario que á las señoras—tratamos de averiguar si podía realizarse mi sueño segoviano: ver el cuerpo, mejor dicho, la momia del dulce y poético San Juan de la Cruz. Desde los primeros instantes las noticias fueron desconsoladoras. Sólo en contadas ocasiones solemnísimas—me las especificó mi cortés amigo el conde de Cheste, que conserva una memoria juvenil y envidiable—se han enseñado las veneradas reliquias del discípulo de Santa Teresa; las ocho llaves de la urna las guardan distintas personas; alguna de ellas no reside en Segovia, y es preciso que todos se reúnan para proceder á abrir. Con esto abatí las esperanzas, y ya renunciaba, cuando, un cuarto de hora después, tropecé con unos amigos y parientes que al saber mi decepción sonrieron.—“Pues si es lo más fácil del mundo ver esa momia”—dijeronme.—“Como que está en un ataud de terciopelo rojo, sin cerradura, y te la enseñarán esta misma tarde. Ahora vamos á avisar; á las cinco, estáte dispuesta.” Abrí ta-

maño ojo, y el asombro fue mayor aún que el contento. ¿Cómo conciliar las dos versiones? Claro es que ni unos ni otros pretendían engañarme... No eran *cicerones*, no eran explotadores del viajero, sino sujetos de perfecta *honorability*, según se dice en Inglaterra...

Esperé la hora de las cinco con una curiosidad muy explicable. Llegó á buscarme un caballero, encargado de franquear la entrada del panteón en que reposaba la momia. Yo iba que no cabía en mí, porque entonces ya me parecía probable que la veríamos.—“Siempre sucede así”—decíamos á nuestro acompañante.—“Mil dificultades, y luego resulta que las cosas están hasta á merced del curioso. No sabe usted cuánto agradecemos tener ocasión de ver la momia...” —“Tanto más”—respondió el caballero—“cuanto que no habrá usted visto nunca cosa por el estilo.”—“¿De veras?”—“¡Vaya! Se encuentra en un estado de conservación que admira. Las carnes, frescas, como si acabasen de embalsamarla; la cara, con las facciones perfectamente señaladas y que se conocen todos los rasgos; en fin, dicen que es un asombro. Y hay sobre ella mil consejas; la mano que aparece cortada aseguran que fue una venganza de su marido...” —“¿De su marido?”—exclamé atónita.—“¿Habla usted del cuerpo que vamos á ver, del cuerpo de San Juan de la Cruz?” —“¿De San Juan de la Cruz?”—repitió no menos aturdido mi acompañante.—“¡Si la momia es de mujer!”—“¿Pero y San Juan de la Cruz?”—insistí.—“¡Ah! ¿Era eso lo que usted pretendía

ver? ¡Si no se puede! Hay ocho llaves...” —y aquí reprodujo, en substancia, la relación del conde de Cheste.—“¡Ya me parecía á mí!”—murmuré, olvidando que cinco minutos antes *no me parecía*. Y agarrándome á otra ilusión, —“¿Conque tan bien conservado el cuerpo? ¿Y tiene leyenda?”—pregunté con ansia.—“Porque será el primer cuerpo incorrupto que yo haya podido contemplar.”—Detúvose el coche, y nos bajamos ante unos vetustos edificios, antaño Convento de capuchinos, hoy propiedad de la duquesa de Castro Enríquez, y unas amables señoras, encargadas de cuidar las antiguallas, nos llevaron á lo que fue panteón, y nos mostraron, en viejo féretro de terciopelo galoneado de oro, la famosa momia, descubierta en un hueco de la pared. ¡Oh, nuevo desencanto! No había tal incorrupción, ni tales facciones marcadas, ni tales carnes fresquitas, ni cosa que lo valiese, y nuestro acompañante, que hablaba bajo la fe de las leyendas, se quedó más chafado que nosotros mismos. Allí sólo existía un despojo mísero

.....
que no pudo hallar reposo
ni en el seno de la muerte.
.....

Un tronco seco, apergaminado, consumido, y una calavera separada del tronco, fue todo lo que divisamos en el fondo del rojo ataúd.—“La cabeza no es suya”—nos advirtió una de las señoras, que alumbraba á fin de que distinguiésemos los denegridos restos.—“No se sabe dónde

anda la cabeza que pertenecía á este cuerpo." —Al oír tales palabras miré hacia las manos de la momia. Los brazos los tenía cruzados sobre el pecho, pero una mano aparecía cortada por la muñeca, no desprendida, sino cercenada; limpia y rasa veíase la sección. ¿Si por ventura la cabeza, que no parecía, habrá sufrido la misma suerte que la mano? ¿Si, en efecto, una venganza horrible se delatará en aquel mutilado cadáver de mujer? ¿Si, por el contrario, una reputación de santidad fue causa de que un devoto sustrajese la mano y la cabeza en concepto de reliquias? ¡Triste destino el del pobre cuerpo, y dantesco suplicio el suyo, si fue culpable, hallarse sin tierra y sin epitafio, adherido á una calavera ajena, quién sabe si la de un enemigo, quién sabe si la del propio cruel vengador!

Otro intento vano, el de admirar el celebrado Crucifijo de los marqueses de Lozoya, me valió crearme transportada por momentos al siglo xvii. Visitamos casas donde las puertas se abrían, al parecer, solas, empujadas por manos invisibles, y entre un silencio de encantamiento subíamos las amplias escaleras y cruzábamos salones y salones, sin que nadie nos preguntase, ni nos atajase, ni nos saliesen al paso el recelo y la desconfianza. No era que faltasen criados; era que una costumbre señorial y hospitalaria prescribía tal acogida. Supuse que en Segovia no habrá la nube de petardistas que obligan á adoptar tantas precauciones en Madrid; pero en breve me convencí de

que si no hay eso habrá cosas peores, que inspiren hasta terror. Dígolo porque, después de haber dado mil vueltas inútilmente al asunto del Crucifijo, hicimos la última tentativa penetrando á boca de noche en el más medroso, tético y macizo torreón de cuantos existen en el caserío segoviano: el que fue de Aguilares y Contreras, ejemplar típico, que aún amenaza al que le mira con sus saeteras y su cornisa de matacanes. Iluminaba el negro zaguán un ahumado farolillo, cuya luz macilenta apenas consentía distinguir una doble y fuerte reja, una puerta oscura y una especie de ventana de ahumados vidrios; de esta ventana salió una voz ronca y colérica, apostrofándonos porque á tales horas nos atrevíamos á preguntar por un Crucifijo. No vimos al servidor que nos gruñía: pero zaguán, farolillo, reja, paredes rojizas y torreón pardo y belicoso, hacían un conjunto muy grato para mí. Como el servidor permaneció invisible, me complazco en figurarme que vestía jubón y gregüescos.

No fuimos tan desdichados en el resto de nuestras correrías por Segovia. Nos dieron uno de esos guías inestimables, como era el malogrado Luis Llanos para Roma—el marqués de Miranda, que tiene á Segovia en las yemas de los dedos.—Con él vimos iglesias, conventos, patios y caserones, murallas, puertas, sarcófagos y retablos, paseos y monumentos romanos; localizamos sucesos históricos, recordamos las Comunidades, los cardadores de lana y los monarcas absolutos; adivinamos

detrás de las tupidísimas rejas el blanco bulto de las monjas, y en las ya gastadas piedras la sangre de los procuradores arrastrados por amotinadas turbas; y sobre todo, adquirimos una prueba más—yo no la necesitaba—de que la gran estepa ó erial de Castilla encierra oasis desconocidos y deleitosísimos, de una finura que no tiene rival, porque la lozanía y majestad de la vegetación, unida á la claridad y pureza de la luz de este cielo, hacen un paisaje especialmente hermoso. No miente el adagio: *de los huertos al Parral, paraíso terrenal*. Ved aquí un cuadro de las orillas del Eresma: el río, de un gris argentado, se desliza sesgo y mudo por entre doble hilera de gigantescos olmos, de esbeltos chopos y de sauces desmelenados, que inclinan sus ramas péndulas verde claro hasta besar la corriente. En los remansos, una cortina de elegantes espadañas cerca una pradera de mullida hierba y varias flores vestida, donde pacen ovejillas blancas y negras, y donde sólo faltan la zagaleja y el pastor de una égloga de Garcilaso... Allá arriba, dominando las peñas, la mole del Alcázar, bien destacada sobre un fondo inundado de sol; y detrás de las tupidas y sombrosas alamedas, otra cortina de afligranadas torres mudejares y de monasterios ruinosos.

III

SEGOVIA

Tomar el tren y plantarse en Francia, en las Vascongadas ó en la *tierruca* montañosa; caer en un balneario y dedicarse á la hidroterapia ó á la aeroterapia, sería hacer lo que hace en este tiempo cada quisque. Pero tomar igualmente el tren, y dejando la frescura y el plácido ambiente gallego, meterse en la abrasada Castilla, en sus caducas ciudades monumentales, hidalgas y solitarias..., eso es lo que á nadie se le ocurre, y por lo mismo tiene, aparte de otros encantos que especificaré, el indiscutible encanto de la novedad y la rareza.

Castilla está ahora desierta de viajeros; los trenes van atestados, pero nadie se queda en las estaciones: las fondas se encuentran vacías, y por las calles sólo discurre gente del pueblo, carros, galeras, perros, mulas y asnillos con carga de odres. Esa población flotante que se empuja y hormiguea en la Concha y en los bulevares de San Sebastián; esa turba de aristócratas legítimos, mezclados con *snobs* y con